

HOMENAJE

A

Don José Toribio Medina

con ocasión de

su fallecimiento

21 de Octubre de 1852

11 de Diciembre de 1880

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA LA TRACCIÓN¹
Carreras 287

1931

Tirada aparte del «Boletín de la
Biblioteca Nacional».
N.º 18 - Enero de 1931.

Don José Toribio Medina

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSE TORIBIO MEDINA"



BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Después de una larga jornada ha llegado al eterno descanso uno de los más infatigables trabajadores de las letras chilenas. Don José Toribio Medina erudito respetado en América y Europa por la vastedad de su obra, ha vinculado su nombre a las letras chilenas por múltiples capítulos. Sus obras se cuentan por centenares; lo que en ellas corresponde a la literatura propiamente tal es ingente. El señor Medina, un caso extraordinario de apasionado de la bibliografía, no dejaba pasar año sin que varias de sus obras se agregaran al caudal de los libros indis-

pensables para la acertada información literaria. Hace ya muchos años fué dicho que ningún detalle de la vida histórica de Chile se podría estudiar en el futuro sin recurrir a cada momento a las obras del señor Medina. Es cierto. Sus libros sobre los anónimos y seudónimos hispanoamericanos, sobre las traducciones publicadas en Chile, sobre la literatura femenina y, ante todo, sobre la literatura colonial, son ya considerados como obras clásicas en la materia.

Fuera de ellos tenemos una larga lista de libros históricos, en que una paciencia sin límites y un inagotable amor a la verdad guió la mano del señor Medina para acopiar datos y documentos inéditos sobre la historia colonial de Chile. Se conoce ya la génesis de estas obras: el señor Medina viajó mucho

por el extranjero, particularmente por España, para reunir esos datos. En esos viajes gastó no sólo una fortuna sino también su juventud y su madurez. Después de varios lustros, el señor Medina tenía, sin embargo, despejado el entendimiento y pronta la voluntad para agregar nuevas obras a sus repertorios bibliográficos. Así lo hemos visto publicar hace pocos meses algunas nuevas obras, si no substanciales, dignas siempre de su talento y de su inmensa erudición.

Parte considerable de su obra se refiere a la Imprenta en la América Española, en la cual nuestro compatriota era autoridad indiscutible y respetadísima. No se conformó el señor Medina con simples listas bibliográficas de los libros y papeles que dieron a luz en sus orígenes las prensas del nuevo

continente. Llegó más lejos en su investigación, y cada uno de los tomos de esa serie extensísima es una historia completa de la Imprenta en cada uno de los antiguos dominios de la corona de España. Son libros que el público vulgar no conoce y sabe que existen sólo por las referencias de quienes los han estudiado o consultado. Pero ¡que inapreciables son para cualquier investigación histórica! La historia de toda una cultura está retratada en estas páginas en que el paciente investigador anotó las particularidades de cada edición y de paso fijó el origen de la imprenta en América con acuciosidad suma.

Todo esto hace que el nombre del señor Medina se aureole de la más pura gloria. Sabio benemérito, entregado exclusivamente a su pasión de bibliógrafo y de bibliófilo,

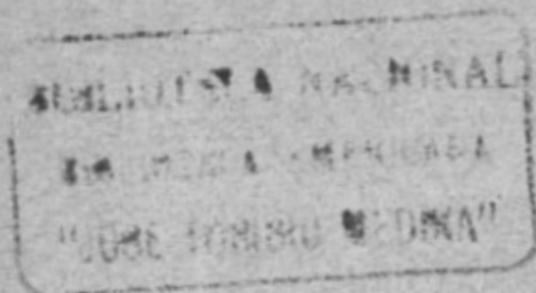
pasó una vida entera inclinado sobre los libros, tratando de sorprender todos sus secretos. Nada que se refiriera a la historia de América le era desconocido. Todos los hechos de la vida del continente fueron objeto de sus investigaciones y de sus desvelos. La rica biblioteca que donó al Estado de Chile y que se conserva en salas especiales de la Biblioteca Nacional de Santiago son la prueba de esa erudición. Es esta una colección irreemplazable, donde se cuentan por docenas los libros únicos y donde no falta cosa alguna que sea útil para el estudio de todos los problemas históricos que puede suscitar la vida americana. El señor Medina, en un último rasgo de magnanimidad, después de haber dilapidado su vida en estudios históricos, bibliográficos y literarios, ha dejado a los estudiosos del pre-

sente y del futuro las herramientas que él en su larga vida acopió para facilitar su obra. Es una donación valiosísima, cuyo sentido no puede escapar a nadie que ame la cultura.

Hasta hace poco llegaba puntualmente mañana y tarde a su sala de la Biblioteca Nacional, para proseguir alguna investigación o informarse de las novedades literarias del país y del extranjero. Pero ya la salud lo traicionaba; hace pocos meses debió soportar una seria enfermedad que lo tuvo al borde de la tumba. Ahora ha muerto de pronto, sin que nadie lo esperara, erguido a pesar de los muchos años y del incesante trabajo. Y ha muerto con las manos en nuevas obras, preocupado de disponer nuevos manuscritos, más investigaciones eruditas, notas que habrán de servir para ayuda de los historia-

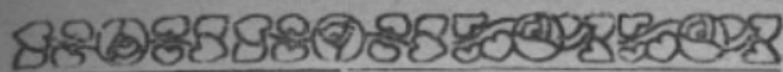
dores, eruditos e investigadores que más tarde se interesen por sus mismos estudios. Es una vida ejemplar que merece ser narrada a los jóvenes de Chile como modelo de constancia y de fidelidad a la pasión intelectual.

Raúl Silva Castro.



Homenaje de la Biblioteca

Nacional



En la mañana del Sábado 13 de Diciembre pasado se efectuó el traslado de los restos del eminente historiador, don José Toribio Medina, desde la casa del extinto a la Biblioteca Nacional.

Una comisión formada por los señores Eduardo Barrios, Director de la Biblioteca Nacional; Javier Castro Oliveira, Rector de la Universidad de Chile; Aureliano Oyarzún, Director del Museo Histórico Nacional; D. Domingo Amunátegui Solar, D. Alcibíades Roldán, D. Gonzalo Bulnes y por todos los empleados de la Biblioteca, presidió el acto, acompañando la carroza fú-

nebre en todo el trayecto por la Alameda de las Delicias.

En la Sala que lleva el nombre del ilustre historiador y que está formada con los volúmenes que donó al Estado, se le erigió una severa capilla ardiente.

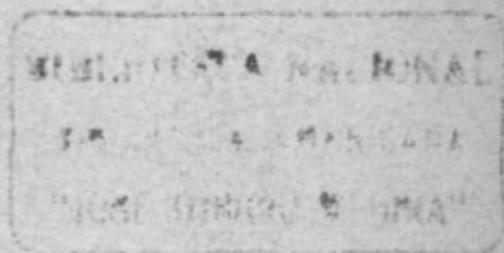
Las puertas del Palacio de la Biblioteca fueron adornadas con grandes crespones negros, en señal de duelo, las cuales permanecieron abiertas hasta que los restos fueron llevados al Cementerio, el día 14 a las 10 de la mañana.

Durante toda la tarde y la noche de los días indicados miles de personas entraron a la Biblioteca con el objeto de ver los restos de don José Toribio Medina, que como decimos, estaban expuestos en una soberbia urna.

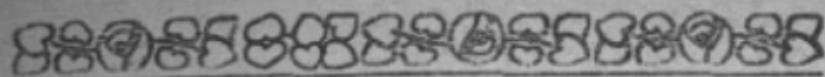
Notábase la presencia de personalidades, tanto del Gobierno, co-

mo de la Diplomacia, la Educación, la Literatura, etc. Asimismo numerosos grupos de estudiantes acudieron a contemplar los despojos de quien fué uno de los grandes maestros de la juventud chilena.

La Biblioteca hizo colocar una corona en la urna y un libro, en el cual depositaron su firma todas las personas que desfilaron ante la capilla ardiente.



Discurso del Director General de
Bibliotecas, Archivos y Museos,
Sr. Don Eduardo Barrios, al
despedir los restos de Don
J. T. Medina en la
sala Medina de la
Biblioteca
Nacional



“Señores:

Esta casa está llena de emoción y de recogimiento. No hay lágrimas en nuestros ojos: nuestro dolor es alto y sereno, porque lo causa y lo fortalece la figura que a todos nosotros enseñó el paso con que se camina en la altura. No lloramos, pues; sufrimos empinándonos, sufrimos con orgullo, con orgullo de hijos que a lo más se funde en una especie de enternecimiento, de dulzura y de humildad. He aquí la influencia de las grandes almas.

Antes de la vida, después de la vida: dos obscuridades de las cua-

les sólo sabe hablar la fe. Pero entre estas dos obscuridades, un espacio claro que nuestros sentidos, nuestro juicio y nuestro sentimiento penetran: la vida. Una gran vida puebla siempre su espacio de grandes hechos; y aunque nada hubiera en el antes ni en el después, siempre se prolonga entonces de posibilidades el futuro, siempre la vida de un grande hombre crea un más allá.

Por esto, señores, es bella la emoción que llena hoy esta casa.

Don José Toribio Medina es para Chile, para el continente, para España, para el mundo, el fecundador de una historia; su obra, escrupulosamente exacta, extensa hasta orillar el medio millar de títulos, sabia para ser fuente de sabios, generosa para aventarse en todos los surcos, patriótica por ha-

ber sabido acumular el granero para los chilenos, es, además, otra historia, que él no se detuvo a mirar, pero que nos ha legado también: la de su vida ejemplar.

Nosotros, los bibliotecarios de esta casa, somos sin duda los más afortunados entre los que él benefició: recibimos el tesoro de su obra y la compañía viva y constante del maestro. Entre nuestros anaqueles como entre nuestras inquietudes, entre nuestras mesas de trabajo como entre nuestra personal producción, él anduvo siempre, el guía, el experto a quien no escapaba el sendero para la investigación. Vivió cuarenta años en medio de nuestros libros; su mano sabía encontrar a ciegas el volumen oculto, su memoria creaba sin cesar el documento ignorado. Era el genio que nos presidía. Será la sombra que

nos inspirará. Seguirá envolviendo nuestras vidas, empujando nuestro esfuerzo, contagiándonos su laboriosa paciencia.

No analizaré yo aquí su personalidad de erudito, su enorme, inverosímil producción. Ni es el momento, ni es el lugar, ni están para ello nuestros corazones. Al despedir sus restos, no hay en esta casa otro deseo que el de agradecer su herencia, bendecir su nombre, recogernos en la fuerza que nos lega; y aunque por instantes el dolor nos oprima la garganta, no queremos el gesto descompuesto que niegue la fortaleza de su ejemplo.

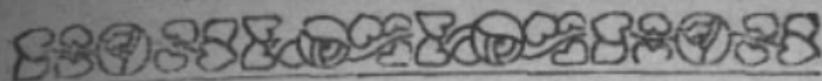
Otro bien nos deja aún para hacernos compañía: la compañera de todas sus empresas, la mano tutelar que supo ser para él la enamorada, la esposa, la madre, la colaboradora y la santa. Cuantos le qui-

simos, veremos siempre en ella el espejo del maestro y nuestro afecto hallará en ella su continuación.

Como veis, este hombre que hoy descansa, todo nos lo ha dado. Cuarenta mil volúmenes de maravilla, fuente virgen de nuestra historia en documentos que su tesón desempolvó de archivos de Indias y Simancas, labor, energía, fortaleza y modelo, el dón de sus logros y el dón de su enseñanza. No podemos llorar. Maestro, nos despedimos orgullosos de vos, empinándonos hacia vuestra altura.

Vida de los grandes, que no acaba. Muerte de los grandes, que es orden de proseguir. Hoy termina, maestro, tu afán; pero tu gloria se abre, y, por todo el porvenir, día a día, una palma caerá sobre tu nombre.

En el Cementerio



En el Cementerio general usaron de la palabra las siguientes personas: el Ministro de Educación, don Alberto Edwards, en nombre del Gobierno; don Guillermo Feliú Cruz, en representación de la Sociedad de Historia y Geografía; don Luis Galdames, Decano de la Facultad de Filosofía y Ciencias de Educación; señor Domingo Amunátegui, en nombre de la Academia Chilena correspondiente de la Real Española y otras personalidades.

El Presidente de la República, se hizo representar en los funerales, por su Edecán, coronel señor Carlos Plaza Bielich.

Entre otras personalidades asistieron: el Ministro de Educación, señor Edwards y el Subsecretario de Educación, señor Aristóteles Berlendis. Anotamos la presencia del Rector de la Universidad de Chile, doctor Javier Castro Oliveira; del Rector de la Universidad Católica, Monseñor Carlos Casanueva; de todo el Consejo Universitario, catedráticos de las diferentes escuelas universitarias, miembros del Cuerpo Diplomático, del Senado y de la Cámara de Diputados; el directorio de la Academia Chilena, directorio de la Sociedad de Historia y Geografía, altos funcionarios públicos y distinguidas personalidades de nuestro mundo educacional, social y político, etc., etc.

Discurso del Ministro de Edu-
cación Pública, don Alberto
Edwards



“Señores:

A nombre del Gobierno de la República, vengo a rendir homenaje al sabio ilustre, honor de su patria y de toda la América Latina, cuyos restos mortales van a ser devueltos a la tierra.

Inteligencia poderosa y equilibrada, juicio sólido, voluntad enérgica y perseverante, el señor don José Toribio Medina, consagró con laboriosidad incansable, al estudio de las ciencias y al progreso de la cultura, las excepcionales facultades de un espíritu tan prodigiosamente dotado.

Y el corazón del señor Medina no

valía menos que su cabeza. Su labor de más de medio siglo estuvo siempre iluminada por una fe inquebrantable, por un fuego de juventud que los años no pudieron apagar, y, lo que vale más que esto todavía, por un ejemplar desinterés patriótico.

Así, deja a su país, junto con un alto nombre, gloria nacional y con las innumerables obras fruto de sus fecundas vigiliás, la valiosísima biblioteca que reuniera trabajosamente en las nobles cruzadas que emprendió por todos los ámbitos de la América y por los archivos de la vieja Europa, en busca de nuevos materiales para el mejor estudio de la historia patria.

La cultura del señor Medina era tan vasta como sólida. Lo supo casi todo, y en muchos ramos sabía mejor y más profundamente que

ninguno de sus contemporáneos. Fué, sin disputa, el mejor bibliógrafo de América Latina. Produjo, además, trabajos de primer orden en casi todos los ramos de la historia, desde la etnografía y la numismática hasta la crónica de las costumbres. Fué, sobre todo, un acumulador de materiales y documentos originales, comentados y ordenados con sabia crítica. A este respecto, su obra, tanto por su calidad como por su cantidad, no tiene paralelo en la literatura de la raza.

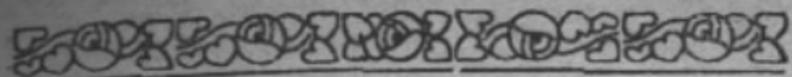
El estudio de los remotos orígenes de la nacionalidad chilena y el de nuestro pasado colonial, no pueden emprenderse sin el auxilio de Medina. El puso el cimiento sobre el cual habrán de apoyarse todos los historiadores del porvenir.

Aunque escribió para los doctos, aunque su labor, tan silenciosa co-

mo sólida, no es de aquellas, que el vulgo puede fácilmente apreciar, la gloria, que no buscaba, vino a su encuentro. Desde hace muchos años, su nombre había traspasado las fronteras de la tierra que le vió nacer. Rodeado en la tarde luminosa de su vida fecunda por la veneración y el cariño de sus conciudadanos y por el respeto de los doctos, en todo el continente y en la Madre Patria, don José Toribio Medina, al bajar a la tumba, pasa a ocupar un sitio de honor en la historia de la cultura latinoamericana.

El tiempo no borrará su nombre".

Discurso de don Domingo Amu-
nátegui Solar, en representa-
ción de la Academia
Chilena correspon-
diente de la
Española



“Señores:

No sólo es una desgracia nacional, sino una desgracia americana.

José Toribio Medina fué un obrero infatigable en favor de la unión de todos los pueblos hispano-americanos.

Sus obras presentan valiosos argumentos de hecho, que no admiten réplica, para demostrar la comunidad de intereses de las repúblicas del Nuevo Mundo.

Las biografías publicadas por Medina, de los grandes descubridores y de los grandes navegantes, como Balboa y Magallanes, ponen en evidencia que las cunas donde

estas réplicas nacieron fueron tejidas con idéntico mimbres, y labradas por hombres de idéntica raza.

Las bibliotecas coloniales y los relatos del Santo Oficio en América debidos a la pluma de nuestro compatriota, prueban de igual suerte, que estas naciones fueron amamantadas con la misma leche intelectual, y educadas con el mismo y santo temor de la herejía, bajo la doble égida de la Majestad de Dios y de la Majestad del Rey.

Los criollos hispano-americanos formaron su alma en una sola casa, y con la dirección de maestros inspirados por análogos principios. Esta es la filosofía que nos enseña la sabia investigación de Medina.

No hay motivo ni razón, para que los descendientes de aquellos hombres se alejen unos de otros,

y lleguen a aborrecerse hasta la lucha fratricida.

Por el contrario, la historia del origen y desenvolvimiento de Hispano-América les llama a estrecharse más y más, para marchar juntos en el combate por venir.

Cuando la confederación americana, ese glorioso sueño de Bolívar, se convierta en una realidad, entre los escritores que más han contribuído a darle vida, se recordará con justicia el nombre ilustre del chileno Medina, a quien rendimos hoy doloroso homenaje.

Sus obras conocidas y admiradas en todo nuestro Continente; desde el norte, donde se contempla el admirable desarrollo y se oye el estrepitoso rumor de las grandes naciones sajonas, hasta el Estrecho de Magallanes, donde mezclan sus

aguas los mayores océanos de la Tierra.

No hubo comarca del Nuevo Mundo, ni isla, ni valle, ni río, ni montaña, cuya historia no investigó José Toribio Medina con la poderosa lente de su ojo incansable.

No hubo libro, inédito o impreso, compuesto bajo este cielo durante la dominación de España, que no haya escrito en sus doctas monografías

Cuando los españoles quieran narrar la vida de su imperio colonial, necesitarán estudiar los libros de Medina, como una de las fuentes más fecundas de esa historia.

Este cíclope de las letras no poseía una naturaleza vigorosa.

La cabeza privilegiada que concibió y realizó tantos planes de resurrección histórica coronaba un cuerpo débil y pequeño.

El organismo físico ofrecía un notable contraste con la importancia gigantesca de su labor.

En otra esfera, la sencillez del traje y la carencia de lujo en la morada, le hacían pasar inadvertido en medio de los vecinos de Santiago.

La mayoría de ellos ignoraba dónde vivía, y, en cierta ocasión, un cajero de Banco le exigió que comprobara su identidad personal.

Este es un ejemplo vivo de la vanidad humana. ¡Cuántos individuos desnudos de todo mérito reciben rendido acatamiento gracias a la pompa de que se rodean!

En cambio, ningún escritor español, ningún literato de Estados Unidos visitaba nuestra capital sin ir a saludar a Medina, en esta casa modesta que por muchos años le

servió de imprenta para dar a luz sus eruditos trabajos.

La muerte, que sepultará a muchos poderosos de hoy, en el eterno olvido, esculpirá la estatua de Medina en el mármol imperecedero de sus estudios de bibliografía y de investigación histórica.

Pero, si la multitud inculta no comprendió las grandes virtudes de este hombre benemérito, las autoridades de su patria y de España supieron honrarle con magnanimidad.

Casi todos los Presidentes de Chile, desde don Domingo Santa María, que le envió a la Península, para que estudiara los archivos coloniales, fueron amigos suyos. Errázuriz Echaurren, como se recuerda, eligió la casa de Medina para resolver allí un grave conflicto internacional.

Los principales historiadores chilenos de su tiempo aprovecharon los ensayos y documentos publicados por él.

Nuestra Universidad, por fin, le distinguió especialmente como miembro académico, y mandó imprimir algunas de sus memorias.

Entre las corporaciones extranjeras, la Academia Española, de la cual era individuo correspondiente, acogió en su último diccionario, numerosos chilenismos propuestos por Medina; y la Real Academia de la Historia le confió la insigne honra de nombrarle miembro honorario.

Interminable es la lista de las condecoraciones y medallas que recibió José Toribio Medina en Chile y fuera de Chile.

No son éstas, sin embargo, las flores que adornarán para siempre su ataúd.

Las cruces de oro y esmalte también caen bajo la acción destructora de los años.

Medina vivirá en los centenares de libros engendrados por su constancia y sabiduría”.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Discurso de don Luis Galdames,

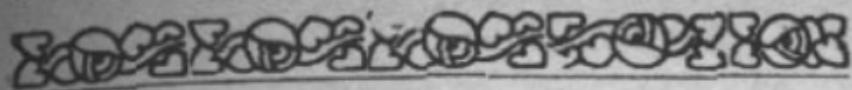
Decano de la Facultad de

Filosofía y Ciencias de

la Educación de la

Universidad

de Chile



“Señores:

La verdadera vida de nuestro gran polígrafo es la vida de la historia, es decir, la vida de la inmortalidad; y esa es la que ahora ha comenzado para él.

Si escrutó los viejos archivos con el ojo avizor de su crítica, la posteridad de los pueblos de América no podrá prescindir de su obra cada vez que desee remontar a sus orígenes; él será su guía y le ayudará siempre a descifrar los enigmas del pasado.

A prestar ese servicio y a ganar esa gloria consagró exclusivamente su tiempo, su fortuna y la activi-

dad infatigable de su espíritu. Su obra llegó a ser inmensa. Ningún hombre de nuestro continente puede disputarle el primer rango en la variedad y fecundidad de la investigación histórica. En ella es todavía el insuperable, el excelso.

Cuando un chileno se ponía en contacto con los hombres de alta cultura en el exterior, su más legítimo orgullo consistía en poder contestar a la pregunta inevitable:— “¿Qué hace Medina? ¿Todavía trabaja Medina?” Y luego oír de esos mismos labios estas o parecidas expresiones: “Aunque Chile no hubiese producido en un siglo más que este hombre superior, tendría derecho a la gratitud de la América”.

Entonces uno pensaba que esos entusiastas podían muy bien tener razón: la obra de Medina compren-

de a todos los países americanos y les interesa a todos también. En sus múltiples libros sobre los descubridores, sobre la imprenta y sobre el Tribunal del Santo Oficio, trató de desentrañar y de exponer la génesis de la civilización del Nuevo Mundo; y lo hizo con tal acopio de informaciones documentales y eruditas, como nadie ha conseguido hacerlo. Podrá observársele que falta allí la visión de la síntesis; pero ello no importa; en cambio, está la comprobación del análisis.

En ese sentido, su obra tiene la fuerza de un vínculo de unión entre los distintos pueblos americanos; vínculo permanente y sólido, porque emana del común espíritu que los animó en su infancia y en su crecimiento.

Sin embargo, cuando lo veíamos

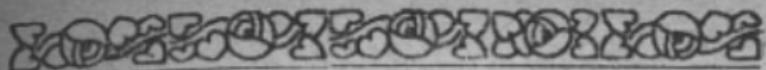
aquí, tan de cerca y tan llano y sencillo, siempre preocupado de algún escrito nuevo, no imaginábamos que su inteligencia viva y penetrante estuviese aureolada por el reconocimiento y la admiración de todo un continente.

Muy pocos de nuestros compatriotas han prestigiado, como él la cultura y la vida intelectual de Chile en el extranjero; muy pocos como él han dado pruebas de igual perseverancia, erudición y ciencia, y menos, de mayor desprendimiento y entereza moral. Más que un sabio, era un carácter.

Dentro del campo dominado por sus extraordinarias aptitudes, sirvió a su país con imponderable esfuerzo; pero, a la vez, sin ostentación ni esperanza de recompensas adecuadas. Nos lega por eso una noble inspiración de civismo.

Honra ha sido para nuestra Universidad haber prestado el calor de su estímulo a la obra del sabio. Honra será para ella también contribuir a enaltecer al hombre. Mientras tanto, la Facultad, que lo contaba entre sus individuos más ilustres, le rinde el homenaje de su sentimiento y de su gratitud”.

Discurso de don Aureliano Oyar-
zún, Director del Museo His-
tórico Nacional



“Señores:

No toca al Director del Museo Histórico Nacional analizar en este momento la labor literaria del señor José Toribio Medina en su carrera de historiador de Chile y la América española.

Impulsado desde joven por su inclinación a los estudios históricos, trabajó constantemente en los archivos nacionales y extranjeros para darnos a conocer documentos cuya existencia se ignoraba, y esclarecer problemas que no se explicaban suficientemente, por haber llegado truncos a nuestro conocimiento.

Sus obras constituyen hoy el faro que ilumina la investigación de sus discípulos y admiradores.

Refiriéndome sólo a etnología, que también cultivó, recordaré que Ambrosetti en el décimo séptimo Congreso de Americanistas de Buenos Aires, manifestó que su obra sobre los "Aborígenes de Chile" debía considerarse como, la Biblia de los estudios americanos".

Basada en las ideas de evolución de su tiempo, ha hecho ya su época, pero ha dejado discípulos cuyos estudios empiezan ya a clarear las verdaderas ideas científicas, las partes que nos toca del conocimiento del hombre americano.

Como Director del Museo Histórico Nacional de Chile, séame permitido, en nombre de mis compañeros de trabajo, expresar aquí a su familia y al país, mi sentida con-

dolencia por el desaparecimiento de este ilustre chileno que tanto honró a su patria y a las letras americanas.

No olvidemos que sus trabajos históricos justifican más todavía la existencia de nuestro Instituto y por esto su sección colonial honrará perdurablemente su memoria”.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

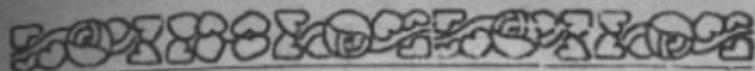
“JOSÉ TORIBIO MEDINA”

Discurso de D. Guillermo Feliú

Cruz en representación de

la Sociedad Chilena de

Historia y Geografía



“Señores:

“He trabajado mucho y me he cansado poco”. En esta frase sencilla, en una ocasión solemne, cuando cumplía Medina cincuenta años de intensa labor literaria, sintetizó su obra, como si con ella hubiese querido decir que fué la ley de su vida la del trabajo ejemplar y el anhelo mayor de su ilusión espiritual, la consagración de la verdad.

Pocas vidas encierran como la suya tan máxima lección de voluntad; pocas tanta constancia en el amor a la ciencia. Por la tradición de su cultura, por la significación iberoamericana de sus estudios,

por la energía que puso en los afanes a que consagró su vida con desprendimiento bíblico, Medina continuaba la tradición de Bello y seguía las aguas de nuestros grandes trabajadores del siglo XIX: Amunátegui, Barrós Arana, Lastarria, Letelier y Vicuña Mackenna. Todos ellos, patriotas esclarecidos, hombres de ponderada doctrina, iniciaron en el pasado siglo la tarea de engrandecer esta tierra para darle sólido prestigio que la hiciera fuerte y respetada. Y él, después de ellos, lo consiguió con su nombre haciéndole como homónimo del de Chile.

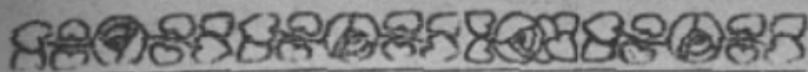
El nombre de Medina ha representado para la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, su más alto exponente. El solo constituía tradición. Fué su primer miembro honorario, el primero que recibió

la medalla de oro que acuerda como premio insigne a los grandes cultores de la Historia Patria. La amparó con su consejo. La prestigió con sus estudios y le dió, con mano generosa, cuanto era capaz de dar su luminoso espíritu.

La Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en cuyo nombre tengo el honor de hablar, ha perdido el personero más autorizado y glorioso de sus anhelos e inquietudes por nuestro gran pasado histórico”.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

Ha desaparecido una gran figura
continental



DON JOSÉ TORIBIO MEDINA

(A Guillermo Feliú Cruz).

Don José Toribio Medina no ha muerto a los 77 años, como dice el cable. Tenía trescientos. En menor tiempo no es posible publicar otros tanto—300, sí, trescientos, señor linotipista, no ponga treinta—volumenes. Era un viejo que vivía con agilidad mental y física. Los ojillos chiquitines, ribeteados de rojo, tras unas lentes de oro; pequeño, delgado, la barbita rubicana, nervioso el ademán, la palabra precisa y vivaz. La última vez que

le ví fué en Santiago, en la Universidad. Me invitó a pasar un día de campo en San Francisco de Mostazal, en donde él temporaba en esos días, y como me excusase, él viajó especialmente a asistir a mi segunda conferencia en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Tratándose de D. José Toribio Medina hay que ser preciso. Aquello fué la tarde del lunes 7 de abril de 1930. Por cierto que entre los halagos recibidos en mi vida literaria, éste ha sido uno de los más considerables. Esa vez, don José Toribio se brindaba a que fuéramos a “correrla”, juntos, con un buen humor que conmovía. Le rodeaban Eduardo Barrios, Armando Donoso, Rafael Maluenda, Mariano Latorre, Guillermo Feliú Cruz— su secretario y defensor— Félix Nieto del Río, y ese caballeroso y ponde-

rado don Armando Quezada Acharán, Rector de la Universidad, Jefe del Partido Radical y hoy Jefe de la Masonería chilena. Al día siguiente Medina volvió a San Francisco, en donde dejara a su colaboradora y esposa.

La primera vez que conocí a Medina fué en la Biblioteca Nacional de Lima, el año de 1917. Comenzaba yo a preparar apuntes para escribir una que entonces era sueño: "Historia de la Literatura Peruana. No le conocí en persona; en obra: "La Imprenta en Lima". Quedé maravillado del esfuerzo, pero la irreverencia moza—a Dios gracias fuí irreverente y hoy sigo siendo poco respetuoso—me hizo comentar de modo diferente el aspecto crítico de esa obra. Todavía hoy juzgo a Medina un formidable, el más grande de habla hispana, tal

vez de todas las hablas, investigador y bibliográfico. El dato no tuvo nunca mejor campeón. Pasarán por muchas manos el cetro mundial del dato, pero siempre se recordará a quien mayor lustre le dió: a José Toribio Medina. Usando términos deportivos del día: tenía un “punch” demoledor e incomparable el bibliográfico chileno. Su récord será insuperable.

Después, cuando publiqué “Mis Poetas de la Colonia”—en 1921— recibí una carta de él pidiéndome un ejemplar y alegando que se sentía con derecho a él. Había conocido mi libro en Sevilla y quería leerlo. Debo conservar entre mi archivo, la carta-juicio de Medina. Concreta, alentadora y regañosa. Si la tuviera a la mano—qué he de tener cerca en estos días de forzado eclipse—no resistiría a la tentación

de copiar un párrafo, más que para información del lector, que para vanagloria mía. Cambiamos varias cartas. En 1928 pasó por Lima. Iba a España a publicar sus cartas de Pedro de Valdivia. Con don Carlos A. Romero resolvimos recibirlo y pasearle. Romero era su antiguo colaborador y amigo. No era posible hacer nada en la Universidad, porque no habían relaciones oficiales con Chile. Recién llegaban los futbolistas de la primera embajada. No sé cómo, pero desde la borda, el viejito Medina dió la voz: "Eh... Romero... Sánchez". Ignoro cómo me conoció a mí. Seguramente tuvo artes mágicas el infatigable investigador. Apenas en Lima, la Biblioteca. Le serví de mecanógrafo unos minutos: cartas, encargos bibliográficos. Una visita a la Universidad. Un almuerzo con

varios escritores—Basadre, Porras Gálvez, Leguía, Urteaga, Varela. Al Callao. Desde Sevilla, envió el libro. Manuel Rojas dice que no se ha vendido un solo ejemplar. No está bien eso, amigos de Chile, no está bien.

Ningún trabajador americano podrá apocar la gloria de este viejito infatigable. Toda su vida la dedicó a los libros. Viajó por Europa, como algunos tras de una actriz esquiva y deseada, tras un dato. Revolvieron sus manos transparentes, surcadas de venas azules, los legajos de Londres, París, Madrid, Simancas, Sevilla, Cádiz, Viena, Berlín, Roma, Lima, Santiago, Buenos Aires, Río de Janeiro, Bogotá, Caracas, México, Veracruz, Quito, Guayaquil, Ambato, Trujillo, Cuzco, qué se yo. "Globe trotter" de la erudición sus ojos se hundieron

en todas las bibliotecas y archivos. De esos recorridos salieron estudios definitivos. Porque es definitiva esa organización, aún cuando se la amplíe mañana. Es definitivo el impulso y el ejemplo. Ni García Icazbalceta, ni Menéndez y Pelayo; ni René Moreno, ni nuestro infatigable Polo pudieron alcanzar la obra de este monje del libro. Qué voy a enumerar títulos. Trescientos volúmenes nutridos. Bibliografía americana absoluta, que todos los que traten de América tendrán que consultar. Información plena y total. Esfuerzo cual ninguno. Si la Universidad funcionara, yo propondría en mi Facultad que se le hiciera doctor "honoris causa", aunque haya muerto. Es lo menos que puede hacer la Universidad, con el autor de "La imprenta en

Lima” y “Historia del Santo Oficio de la Inquisición”. Es lo menos.

No espere el lector de este artículo forzosamente breve, una nómina de libros. Esa la encontrará en cualquier información por sumaria que sea. Trescientos volúmenes que cada uno solo podría cimentar la fama de un investigador. Trescientos investigadores en uno solo. Y travieso, a pesar de la erudición. Uno de sus últimos libros—Literatura femenina en Chile—lo expuso en las vidrieras de Gath y Chávez, frente a la Casa Francesa, junto a las corbatas y los perfumes en la calle de Huérfanos, ahí donde a las doce del día, el piropo surge espontáneo de los labios y las chilenas lucen su trapío.

No escribir más. Muerte ésta que asombra, como la de nuestro Hermilio Valdizán porque cuesta tra-

bajo creer que no aparezca más un libro de Medina. Ante su recuerdo queda rendido mi homenaje. Créalo el lector. Bajo mi fé, ríndale su homenaje a ese gran trabajador y gran realizador que fué José Toribio Medina. Hombre que con sus propias manos—y unido a su esposa—compuso muchos de sus libros, en el chivalete del cajista. Tipo que difícilmente se repetirá ya. Fuente imprescindible de todo sondeo en el pasado americano. Galardón de nuestra América, en la que siempre será paradigma, contra los excesos de la improvisación tropical, el recuerdo de este hombre que quemó su vida en una obra inacabable.

Luis Alberto Sánchez.

Profesor de Historia de la Literatura Americana en la Universidad de San Marcos, Lima.

BIBLIOTECA NACIONAL

BIBLIOTECA AMERICANA

"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

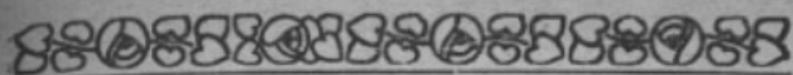
Don José Toribio Medina y las

Ciencias Naturales

y Antropológicas

Por Gualterio Looser

Jefe de la Sección de Antropología del
Museo Nacional de Historia Natural



Don José Toribio Medina, (1) que acaba de morir, había llevado a cabo una labor inmensa en los campos de la historia americana, en la erudición histórica, en la bibliografía y en la crítica literaria. Sus publicaciones se cuentan por centenares y son ellas algunos de los mejores exponentes que Chile puede presentar al extranjero, donde su nombre es respetado y sus obras fuentes inagotables de consulta y estudio para todos los americanistas.

Pero en el vasto conjunto de la

(1) Trabajo leído en la sesión del 28 de Diciembre de 1930 de la Academia Chilena de Ciencias Naturales.

obra de Medina, hay una sección que en sí es de proporciones considerables, aunque parece chica en el vasto total de sus obras. Por este motivo, no obstante su importancia, ha sido algo olvidada por muchos panegiristas de Medina, que sólo han visto en él al enorme historiador y hombre de letras.

Me refiero a sus trabajos que tienen relación con las ciencias naturales y especialmente antropológicas. Creo que el mejor homenaje que puedo rendir a su memoria, es decir algunas palabras sobre estas actividades suyas.

Seguramente ha de sorprender a los que recorren su bibliografía, que uno de los primeros artículos que publicó, en 1874 y cuando apenas tenía 22 años, lleve el título de "Motivos para la fundación de una sociedad entomológica chi-

lena" (en "El Santa Lucía", periódico semanal, pp. 50-51 y 58-59). No tengo noticias que la propuesta sociedad se fundara; pero lo indudable es que Medina, por lo menos en su mocedad, demostró verdadero interés por el estudio de los insectos, logrando formarse una pequeña, pero interesante biblioteca sobre la materia, que más tarde obsequió al país con el conjunto de su soberbia colección de libros y que constituye ahora la "Sala Medina" de nuestra Biblioteca Nacional. En el catálogo de dicha sala, Medina tuvo buen cuidado de agrupar todas sus publicaciones entomológicas, lo que es prueba patente de su interés en dicho estudio. Por lo demás, en su biblioteca hay numerosas obras botánicas y zoológicas, algunas escasísimas, que no se explicarían si su antiguo due-

ño hubiera sentido verdadera afición por dichas materias. Chapman que lo visitó hace años, dice expresamente, que Medina en su juventud “estudió bastante las ciencias naturales. El considera que estas materias le han sido de gran ayuda en sus deducciones históricas” (Revista Chilena de Historia y Geografía t. 47 (1923) 310). Durante un viaje a Tarapacá descubrió unos huesos fósiles que R. A. Philippi describió como **Megatherium medinae**. En repetidas ocasiones hizo obsequios valiosos al Museo Nacional, que Philippi agradeció dedicándole varias especies nuevas.

Casi medio siglo después de la publicación de su artículo patrocinando una sociedad entomológica, este proyecto suyo se realizó en 1922, y Medina fué uno de los

miembros fundadores de la "Sociedad Entomológica de Chile", asistiendo a varias sesiones (Revista Chilena de Historia Natural, año 27 (1923) 225 y sigs.). También poseía Medina una interesante colección de insectos (1).

Si en las ciencias naturales su actividad fué reducida, y es sólo más bien otra prueba de su curiosidad insaciable e inteligente, que le permitió abordar infinitos temas con maestría siempre igual, su intervención en las ciencias antropológicas, etnológicas y arqueológicas chilenas es de importancia capital.

Desde los años de su juventud hasta el ocaso de su larga vida, publicaba de cuando en cuando ar-

(1) Según datos proporcionados por don Guillermo Feliú Cruz, y que ha sido legada por el señor Medina al Museo Nacional de Historia Natural.

tículos sobre la arqueología, etnología o folklore y otras disciplinas afines. Su primer artículo etnológico lleva el título de “Los araucanos y la astrología”, publicado en “El Correo del Perú”, Lima, 26 de diciembre de 1875, mientras formaba parte de la Legación chilena, en la capital peruana. “Trata sobre las ideas manifestadas en sus obras por los cronistas chilenos acerca de la influencia de la astrología sobre el carácter e inclinaciones de los habitantes del país, o mejor dicho, araucanos” (Chiappa en Rev. Chil. Hist. & Geogr. I. c. 334). Otros artículos suyos importantes sobre estas ciencias son “Los conchales de Las Cruces. Nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico en Chile”, “La momia de Chuquicamata”, “Los restos indígenas de Pichilemu”, “Una lechuza sim-

bólica. Contribución al estudio de los aborígenes de Chile” y “¿Para qué sirven las piedras de horadación inconclusa?”.

Don José Toribio Medina fué también miembro fundador de la primera y única “Sociedad Arqueológica” que ha funcionado en Chile. Esta sociedad se fundó poco antes del estallido de la Guerra del Pacífico, tuvo una vida efímera y alcanzó a publicar un solo número de su “Revista”, en la cual don José Toribio colaboró con un artículo titulado “Geografía antigua de Chile” (Revista de la Sociedad Arqueológica de Santiago, t. I, entrega I, Enero de 1880, pp. 12-14).

Pero la contribución fundamental de Medina a las ciencias antropológicas es su gran libro “Los Aborígenes de Chile”, aparecido en Santiago en 1882 cuando su autor

sólo tenía 30 años. Es un grueso tomo de gran formato con 427 páginas y 40 láminas que tienen un total de 232 figuras. Divide su obra en 12 capítulos. En el primero trata del origen del nombre de Chile. En el segundo estudia sus primeros pobladores para seguir con las tradiciones y las razas primitivas de América y en especial las de Chile. El capítulo V está dedicado a la edad de piedra, mientras que en los capítulos VI a X estudia en forma minuciosa al pueblo araucano. El penúltimo capítulo trata de la conquista incásica y el libro termina con un capítulo sobre la edad de bronce.

Un mérito muy sobresaliente y sobre el cual conviene insistir, es su extensa serie de láminas, pues antes de la publicación de "Los Aborígenes" casi no existían repre-

sentaciones gráficas de objetos arqueológicos chilenos, y lo poco publicado estaba disperso en un sinnúmero de publicaciones poco accesibles.

Como se comprende, una obra de esta índole es en gran parte labor de recopilación, para la cual Medina tenía disposiciones especiales. Puede decirse que no olvidó pasaje de importancia de los cronistas y escritores coloniales, como de los antropólogos y etnólogos de su época para aprovecharlos en sus "Aborígenes". Pero en otras secciones como en la arqueología, hay una profunda investigación propia, basada en excursiones y excavaciones personales. Logró formarse una colección arqueológica de bastante valor y también pudo estudiar las pocas colecciones que existían entonces del Museo Nacional, de don

Luis Montt, don Rafael Garrido y otras menores. (1)

Pero quizá los capítulos en los cuales hay más estudio e investigación personal, son los que dedica a los araucanos. Para prepararse hizo un largo y penoso viaje a la Araucanía, poco antes del conflicto con el Perú y Bolivia. Recordemos que aquellos años eran los del fin de la conquista y pacificación de la Araucanía, época de salteos, malones y guerra declarada, y cualquier descuido podía costar muy caro. El mismo relató más tarde sus peripecias: "Nunca pude realizar un viaje más lleno de contratiempos y dificultades, asediado por los peligros de los asaltos nocturnos... Cuando fuimos a visitar las ruinas

(1) Que también lega al Museo Histórico Nacional, Sección de Antropología y Etnografía.

de Nueva Imperial, debíamos dormir en la noche, en medio del campo, con el sueño liviano del que tiene la amenaza muy cerca. Los indios nos acechaban: a veces sobre la cabalgadura, otras junto a un árbol con la rienda presta en la diestra, disfrutábamos de un sueño que a nadie le deseo tan sobresaltado” (Rev. Chil. Hist. & Geogr. l. c. 210).

“Los Aborígenes de Chile” es una de las obras científicas más importantes que se han publicado en el país y debidas a la pluma de un chileno. Vino a completar la “Historia física y política de Chile” por Claudio Gay, donde los aborígenes están casi olvidados.

Medina dió cima a su trabajo en forma muy feliz. A pesar de que en su época no tenía casi antecedentes en qué fundarse, hizo un libro cla-

ro, equilibrado y perfectamente a la altura de los conocimientos de su época. Durante más de cuarenta años fué la única obra de conjunto sobre los indígenas chilenos y fué el libro que todos los que se interesan por nuestros pueblos primitivos debían consultar día a día.

Después de la publicación de "Los Aborígenes", han aparecido muchos trabajos sobre los temas que en él se tratan. Las ciencias antropológicas chilenas han avanzado un gran paso, los datos que Medina dió a conocer han sido muy ampliados; pero en muy pocos casos los descubrimientos posteriores han venido a rectificar las opiniones avanzadas por Medina.

El mejor elogio de la obra de Medina lo ha hecho don Ricardo E. Latcham, que en los últimos tiempos ha publicado varias obras im-

portantes sobre los indios chilenos, y que en cierto modo vienen a reemplazar el gran libro de Medina.

El señor Latcham, escribe: "No podemos sino repetir que después de largos años que hemos dedicado a estos estudios, **Los Aborígenes de Chile**, escrito por don José Toribio Medina y publicado en 1882, es el libro que ocupa el primer lugar entre los que tratan estos temas; que su valor científico es tan real hoy como el día en que se dió a luz; y que por mucho que se escriba posteriormente éste jamás perderá su mérito" (Rev. Chil. Hist. y Geogr. t. 47 (1923) p. 307).

Fuera de los trabajos citados, hay muchos otros de Medina que son de gran importancia para los estudios antropológicos, como sus ediciones de documentos, de cronistas, etc., sus publicaciones de

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA

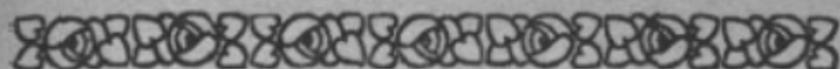
diccionarios de chilensismos, gramáticas y glosarios de lenguas aborígenes, sus monumentales estudios sobre la imprenta primitiva hispanoamericana, donde se describen minuciosamente innumerables libros escasos referentes a los pueblos americanos antiguos.

Por último, deseo recordar todavía que en la sección antropológica del Museo Nacional de Historia Natural, se guardan muchos objetos valiosísimos de la colección Medina y que tienen el rango de documentos clásicos, por haber sido publicados en sus "Aborígenes".

Medina, entre sus muchos otros méritos, pasará a la posteridad como el fundador de los estudios antropológicos en Chile y como uno de sus cultores más concienzudos y competentes.

Bibliografía antropológica de

Don José Toribio Medina



La bibliografía completa de Medina hasta 1924, puede verse en el "Catálogo de las publicaciones de don José Toribio Medina (1873-1914) por Víctor M. Chiappa, Rev. Chil. Hist. & Geogr. t. 47 (1923) 333-382, "Continuación de la bibliografía de D. Víctor M. Chiappa" por Guillermo Feliú Cruz, 1. c.

383-402 y "Bio-bibliografía" por el mismo, 1. c. 403-452.

1. Los araucanos y la astrología.—

El Correo del Perú, Lima, 26 de Diciembre de 1875, Núm. extraordinario, pp. XXI-XXII.

2. **Chile. Sus aborígenes y origen de su nombre.** — Anales de la Universidad de Chile. Santiago. 1880. LVII, pp. 858-865.
3. **Los aborígenes de Chile.**—Santiago. Imprenta Gutenberg 42. Calle Jofré 42. 1882. 4.º 190 + 117. XVI + 427 pp. + 42 folios con 232 grabados litografiados.
Obra dedicada al Dr. don **Rodolfo Amando Philippi.**
4. **Los conchales de las Cruces. Nuevos materiales para el estudio del hombre prehistórico en Chile.**—Revista de Chile. N.º 1, de 15 de Mayo de 1898, 10 p. con 11 láms. intercaladas en el texto. Hay reimpresión.
5. **La momia de Chuquicamata.**—La Revista Nueva, Santiago. 1901. pp. 144-154.

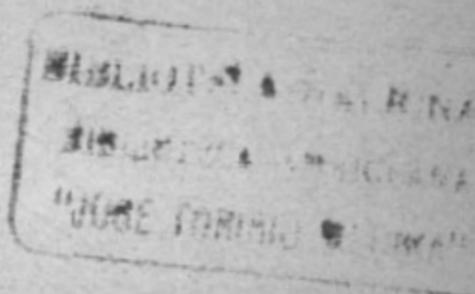
6. **Los restos indígenas de Pichilemu.** — Santiago. 13 pp. y 3 láms. intercaladas. 1908. Publicado en los Anales de la Universidad de Chile.
7. **Las monedas usadas por los indios de América al tiempo de su descubrimiento según los antiguos documentos y cronistas españoles.** — Anales de la Universidad de Chile, tomo CXXVI (1910) pp. 51-61, 1 grabado.
8. **Fray Diego de Landa inquisidor de los indios de Yucatán.**—International Congress of Americanists Proceedings of the XVIII session. London 1912. Part. II, pp. 484-496.
9. **XVII Congreso Internacional de los Americanistas. Sesión de Buenos Aires. 16 al 21 de Mayo de 1910. Resumen N.º 34**

José Toribio Medina (Santiago de Chile): Las monedas usadas por los indios de América al tiempo de su descubrimiento, según los antiguos documentos y cronistas españoles.

10. **La momia de Chuquicamata.**— Santiago. 1919. — Es una reimpresión hecha por don Juan Borget del artículo mencionado en el N.º 5.
11. **Una lechuza simbólica. Contribución al estudio de los aborígenes de Chile.**—Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología, tomo II, N.º 2-1920, pp. 171-174 con dos láminas. Santiago.
12. **¿Para qué pueden haber servido las piedras de horadación inconclusa?** — Ibid. tomo IV,

N.º 3 y 4 (1927) pp. 287-292.

13. **Algunas piezas notables del rescate de Atahualpa.**—Ibid. 293-296.



Un Monumento en Vida



La idea de rendir homenaje en vida a los hombres que han descollado por sus altas virtudes cívicas o por la superioridad de su talento se ha abierto camino en muchos países europeos y existen hoy algunos vivos ilustres que pueden contemplar su silueta fundida en el bronce.

La idea nació en Noruega hace ya un largo cuarto de siglo y no olvidaré mi impresión al contemplar frente al teatro dramático de Christianía la figura del gran Ibsen tallada en mármol en los días en que el genial dramaturgo circulaba aún por las calles de la capital noruega.

En Madrid se alza en los jardines del Retiro el monumento a Ramón y Cajal y en París se ha exhibido en el último "salón" la estatua ecuestre del General Foch.

La mentalidad de los pueblos se ha ido transformando en este orden de ideas y hoy se considera, tal vez como un alto estímulo para el perfeccionamiento humano el reconocimiento en vida de los grandes méritos. ¿Qué aliciente tienen para los hombres creadores de progreso los honores después de muertos, si pasan su vida luchando con penosas dificultades materiales en medio de una atmósfera de indiferencia, por no decir de desdén?

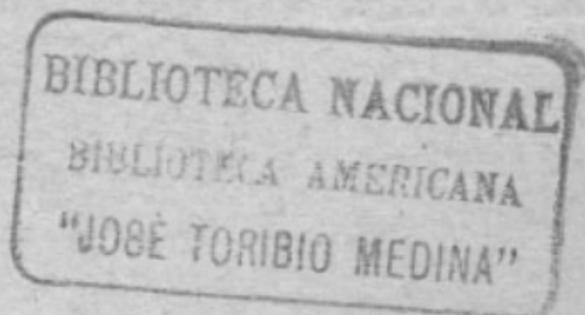
Los hombres dignos de vaciarse en el bronce ¿acaso no son dignos de llevar una vida holgada y de sentir en torno suyo el aliento cá-

lido de la admiración y del reconocimiento de sus conciudadanos?

Ibsen al contemplar su estatua frente al Teatro Real de Christianía sentía, sin duda, la más grande satisfacción que puede experimentar un ser superior como él: la satisfacción de sentirse comprendido por los hombres de su época.

El General Foch al verse en su caballo de guerra observando el desarrollo de las grandes batallas del año 18 sentirá los latidos de gratitud del corazón de Francia que cifró en su genio de estratega la salvación de la Patria en momentos de angustiosa zozobra.

Y el genial anciano Ramón y Cajal, aún en medio de sus privaciones materiales experimentará una alentadora emoción al observar que sus compatriotas, rehacios a los honores anticipados, han reconoci-



do en él un espíritu de excepción.

Si el bronce o el mármol de la inmortalidad es un homenaje superior destinado a los que han dejado una honda huella en el progreso humano ¿por qué no dar en vida ese premio humano a los que se han hecho dignos de él?

Hay un calor de vida en ese reconocimiento y un principio de justicia reparadora.

En Chile, más que otro país, el monumento en vida debe erigirse al que tenga los méritos para ello.

Hasta hoy nuestros grandes hombres han sufrido en vida el doloroso **“pago de Chile”** y después de muertos se les ha glorificado hasta la exageración, a veces.

Preferible sería no tanta gloria después de muerto y mayor holgura material y mayores consideraciones sociales durante la vida.

Existe un hombre en nuestro país que en cualquier otro del mundo tendría ya su monumento por todo lo que él ha hecho durante su larga y fecunda vida para acrecentar el acervo intelectual de Chile. Trabajador formidable, ha dedicado su vida con una paciencia de benedictino a desenmarañar de los archivos históricos las, hasta hace poco oscuras figuras de los Conquistadores de América, figuras que él ha logrado restablecer en sus legítimos valores.

Este gran espíritu investigador ha escrito y ha documentado la historia entera del desenvolvimiento de Chile desde la conquista hasta nuestros días, sin omitir un solo dato que pueda ser útil. Ha puesto en plena luz a los hombres de la conquista Diego de Almagro, Pedro de Valdivia, Hernando de Ma-

gallanes y lo que ha hecho en relación a la historia de Chile lo ha realizado también respecto a la historia total de América.

De aquí que su nombre sea popular y venerado en todos los pueblos de habla española y su labor histórica apreciada y glorificada en las Universidades de Norte-América.

Para los hombres de ciencia de Estados Unidos, Chile es conocido y tiene un valor de pueblo culto porque es la Patria de José Toribio Medina. Su reputación y su popularidad en los medios intelectuales extranjeras es ¡triste decirlo! muy superior a la que tiene en Chile. Aquí se le ha reconocido en su justo valor cuando los sabios de toda América y de España nos han dicho que teníamos un hombre extraordinario, cuya labor intelectual

había enriquecido la historia y la literatura del habla castellana.

Y este hombre a más de sus méritos científicos y de su inmensa erudición, tiene como chileno y patriota un rasgo magnífico que, por sí solo, lo hace acreedor a la veneración de sus conciudadanos.

Es conocido, pero no bien apreciado aún, el generoso gesto de desprendimiento del gran escritor al obsequiar su biblioteca, -única en su género en el mundo- a la Biblioteca Nacional, desdeñando un ofrecimiento de un millón de pesos que le hacía una institución americana.

Un acto como éste revela por sí solo el alma superior del sabio y del maestro que prefiere privarse de las holguras materiales del dinero para dar a su país toda la luz y toda la enseñanza que emana de sus libros.

Sólo un verdadero hombre de ciencia es capaz de tales desprendimientos que importan sacrificios y privaciones.

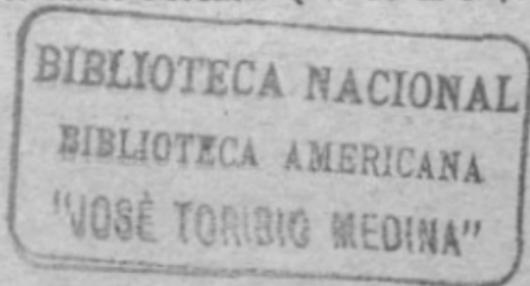
A este ilustre sabio y a este hombre superior, Chile le debe un homenaje en vida.

Un busto de José Toribio Medina debe levantarse en los jardines de la Biblioteca Nacional, como una exteriorización de la admiración y del aprecio nacional por los frutos del saber. Ese homenaje dirá con la elocuencia del bronce a los países de América que nosotros también

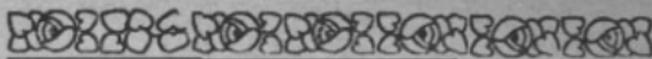
sabemos valorizar a nuestros grandes espíritus... (1).

Alberto Mackenna.

(1) Este artículo lo escribió el señor Mackenna cuando el señor Medina obsequió su biblioteca a la Nacional, impresionado ante la magnificencia del obsequio. Debió publicarse en un diario de Santiago y no encontró acogida por entonces y lo conservó el editor de esta publicación. Se publica ahora, cuando ese mismo diario ha auspiciado en un editorial un monumento para el señor Medina. (N. de la R.).



INDICE



	Pág.
Raúl Silva Castro: Don José Toribio Medina.	7
Homenaje de la Biblioteca Nacional.	17
Discurso de don Eduardo Barrios.	23
En el Cementerio.	31
Discurso de don Alberto Edwards.	35
Discurso de don Domingo Amunátegui Solar.	41
Discurso de don Luis Galdames.	51
Discurso de don Aureliano Oyarzún.	59
Discurso de don Guillermo Feliú Cruz.	65
Luis Alberto Sánchez: Ha desaparecido una gran figura continental.	71
Gualterio Looser: Don José Toribio Medina y las Ciencias Naturales y Antropológicas.	83
Bibliografía antropológica de don José Toribio Medina.	99
Alberto Mackenna: Un monumento en vida	106 .

